

Tránsfugas, travestis y traidores

Rebeldes ejemplares
de la Historia de España

Arturo Arnalte

es ediciones

Índice

Tránsfugas, travestis y traidores

© Arturo Arnalte, 2009

© Actis production S.L., 2009

Es ediciones

C/ Argumosa, 37- 3J

28012 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

info@esediciones.es

Diseño de colección y portada: Alejo Ruocco

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-92760-02-2

Depósito Legal: XXXXXXXXXXXXXXX

Impresión: Creapress

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España

INTRODUCCIÓN	5
La tentación de don Julián	
CAPÍTULO 1. CABEZA DE VACA	21
Conquistador conquistado	
CAPÍTULO 2. LOPE DE AGUIRRE	39
El yo al desnudo	
CAPÍTULO 3. LA MONJA ALFÉREZ Y JUAN RANA	61
Escapada del armario	

Introducción

La tentación de don Julián

CAPÍTULO 4. ALÍ BEY Maestro de espías	83
CAPÍTULO 5. EL MORO VIZCAÍNO Polilla ante la llama	107
BIBLIOGRAFÍA	133

El 14 de mayo de 1773, en uno de los viajes que el capitán James Cook hizo alrededor del mundo vio que, tras levar anclas para dejar Tahití, uno de sus ayudantes de cañonero aprovechaba un descuido para lanzarse al mar y nadar hacia la isla que iba quedando atrás, desertando de su puesto en la expedición científica que exploraba el Pacífico para el Gobierno de Londres.

El huído había esperado el momento en el que las chalupas habían sido izadas a bordo de la embarcación y las velas estaban ya desplegadas. A mitad de camino entre la tierra y el buque, le esperaba una embarcación nativa con la que había acordado que le recogieran en el agua y le llevaran sano y salvo a la isla.

Cuando la fuga fue descubierta, Cook ordenó que se echara un bote al mar a fin de interceptarlo y subirlo de nuevo a bordo. Los cómplices tahitianos que le aguardaban se alejaron hacia la playa por temor a un enfrentamiento armado con los ingleses y el desertor, agotado, fue alcanzado y devuelto a su nave.

La vida en la marina era dura en el siglo XVIII y muchas faltas leves eran castigadas con la horca o, cuando menos, con degradantes flagelaciones en el palo mayor y otros castigos físicos. Cook, sin embargo, escribió en su *Diario*: «Al considerar la situación de este hombre en la vida, no me pareció tan culpable, ni tan extraordinaria como a primera vista pudiera parecer la resolución de quedarse».

De origen muy humilde, el propio Cook conocía perfectamente las dificultades de los miembros de las clases bajas para abrirse camino en la vida elitista y férreamente estratificada del siglo, las levas forzosas de brazos en los puertos, las privaciones de la vida cotidiana del marino, las peleas a bordo, los encuentros armados con piratas o buques de naciones rivales, los riesgos de la navegación, la altísima tasa de mortalidad y el mísero retiro que aguardaba a los pocos que lograran alcanzar la vejez, desdentados por el escorbuto, cubiertos de cicatrices, a menudo mutilados por los combates.

Esa noche, Cook, uno de los navegantes más perspicaces de entre los que hicieron la historia de las grandes exploraciones, trasladó al papel en su camarote las reflexiones sobre este caso que no podía hacer en voz alta: «Era irlandés de nacimiento y había navegado al servicio de Holanda. Le había tomado en Batavia al regreso de mi primer viaje y ya no me había dejado nunca. Jamás había oído decir que tuviera padres o amigos para retenerle en algún lugar del mundo. Todas las naciones eran lo mismo para él. ¿Dónde pues habría podido ser más feliz que en estas islas un hombre cómo él? ¿Dónde, bajo uno de los

mejores climas del mundo, habría podido encontrar en abundancia no solo lo necesario, sino también disfrutar de lo superfluo y de las dichas que la vida ofrece? Si me hubiera pedido mi consentimiento a tiempo no sé si no lo habría obtenido». Parece como si al propio Cook le hubiera gustado también poder quedarse.

El icono del buen salvaje

La isla de Tahití entró en el imaginario occidental a raíz del viaje de Bougainville en 1768, muy poco antes de este incidente. El marino francés, que se presentaba en los salones del París de las Luces con su criado tahitiano Aoturu al extremo de un lazo, dejó una descripción del lugar y sus habitantes que fue mortero para la construcción del mito del buen salvaje, producto inicialmente de la pluma del enciclopedista Denis Diderot.

Los ilustrados franceses quisieron ver en la descripción que había hecho Bougainville del nativo del Pacífico —que vivía desnudo, sin más adornos que los caprichosos tatuajes geométricos que le cubrían de pies a cabeza, con poco esfuerzo gracias a la prodigalidad de la tierra y la abundancia de la pesca— un prototipo de hombre sin contaminar por la civilización, muy parecido a los primeros padres que vagaban felices y desnudos por el Paraíso, antes de la maldición del trabajo, los convencionalismos sociales, el vestido y la etiqueta.

Libertad sexual, renuncia a la propiedad privada y tolerancia religiosa serían los tres rasgos definitorios de ese personaje, que se quería ver como prueba de que era la sociedad la que había corrompido al ser humano. El icono del buen salvaje tuvo en el también ilustrado ginebrino Jean-Jacques Rousseau a otro de sus defensores y ha llegado vivo y coleando hasta nuestros días, donde aún hay quien defiende con ahínco la simplicidad de la vida rústica en las zonas tropicales identifica sencillez con escasez, la felicidad con un paisaje de playas de arena blanca, acariciadas por olas cristalinas y salpicadas de palmeras —como un cartel publicitario de agencia de viajes— y con hordas de nativos y nativas sonrientes, ligeros de ropa y sin más preocupación, aparentemente, que la de hacerle incansablemente el amor al oficinista occidental. Entretanto, y a la espera de tanta dicha, este es quien ahora se tatúa de pies a cabeza con los mismos motivos geométricos que los tahitianos o los maoríes de Nueva Zelanda de antaño, en una réplica de inconsciente nostalgia de aquella paz y simplicidad que buscaba, a riesgo de su vida, el desertor de Cook.

Esta construcción mental no deja de ser el reverso de la moneda de la vida en las grandes concentraciones urbanas, de colores difuminados por la contaminación, peligrosas e insaciables, donde nada de lo que se tenga es nunca bastante para mantener el paso al ritmo que marcan el consumo, la competitividad y el éxito.

El marino que echó nadar en dirección contraria a la que le ordenaban su contrato con el capitán Cook, su compromiso laboral con el resto de la marinería, su lealtad a

unos determinados valores sociales y su fe en una corriente religiosa era el primer Curro del que tenemos historia, ese estereotipo de trabajador hispano que hizo fortuna en la campaña publicitaria de Halcón Viajes en los años 90, porque ponía rostro a la fantasía colectiva más persistente de la cultura occidental contemporánea: la de escapar.

¿Quién no ha fantaseado con levantarse un día de la silla, ponerse la chaqueta y sin dar más explicaciones, abandonar el puesto de trabajo de una vez por todas? ¿Quién no ha imaginado que aborda un avión o un barco sin previo aviso y emprende un viaje sin retorno a tierras extrañas, donde empezar la vida desde cero? En mi infancia, era un lugar común en las conversaciones —por cierto, bastante machistas— citar los casos más o menos apócrifos de maridos que un día anunciaban a la mujer, la suegra y los hijos, de forma simuladamente rutinaria, que bajaban un momento a la calle para comprar tabaco y no regresaban jamás.

Hubo de 1992 a 1998 un programa de máxima audiencia en Televisión Española llamado *¿Quién sabe dónde?*, cuyo presentador era el periodista Paco Lobatón, que se especializaba en buscar a deudos misteriosamente desaparecidos. Por cada pariente perdido y encontrado en, pongamos, la Patagonia, treinta años después, había más de un hallado que se indignaba de que dieran con él contra su voluntad, décadas después de cortar deliberadamente con su pasado.

La doble vida es una tentación, un sueño, una fantasía de casi todos los seres humanos. Aspirar a ser otro, más

alto, más guapo, más listo, más fuerte, más rico, más deseable, de otra raza, de otro sexo, de otra orientación sexual, de otra nacionalidad, de otra clase social, de otro estatus... La lista de opciones es interminable, tanto como la que formarían los nombres de quienes nunca han ido más allá de considerar la posibilidad de forma irónica o socarrona, sin plantearse en serio.

Sin embargo, aquel marino irlandés, que aprovechando un descuido traiciona la confianza depositada en él por los que le rodean e intenta escapar para labrarse una identidad nueva, es real. Y como él, muchos otros hombres y mujeres de todas las épocas han emprendido, con mayor o menor fortuna, ese viaje solitario hacia otra vida.

Este libro trata sobre algunos españoles que lo hicieron. Tránsfugas que se pasaron a las filas del enemigo, por conveniencia o convicción; travestis que adoptaron el aspecto externo del otro e incluso otra identidad sexual; traidores, que entregaron a quienes habían depositado en ellos la confianza o que se la ganaron deliberadamente para defraudarlos después. Todos tienen en común la necesidad imperiosa de huir de sí mismos, de adoptar roles opuestos a los heredados, de rebelarse frente a la supuesta inevitabilidad del destino y ser rabiosamente independientes.

Hoy, cambiar de aspecto está al alcance de cualquiera en las sociedades occidentales; cambiar de sexo no es difícil, si se convence a una comisión médica de que se ha nacido con la genitalidad equivocada. Hasta cambiar de raza es cuestión de dinero para pagar la cirugía y los tratamientos adecuados. Cambiar de identidad, en cambio, es

más complejo por los sistemas de vigilancia, los múltiples controles, las redes sociales en Internet y lo sofisticado de la tecnología para analizar huellas digitales, muestras de ADN y el iris de los ojos.

Ayer, sin embargo, esto último era relativamente sencillo, al menos para quienes habitaban en las zonas de frontera. La ribera sur del Mediterráneo, hogar del fiero enemigo musulmán, y el inmenso confín de las colonias americanas eran los dos escenarios geográficos en los que resultaba posible intentar la metamorfosis con esperanza de éxito. Es en América y el Magreb, por tanto, donde hay que buscar a los españoles que quisieron cruzar al otro lado o a los que hubieron de hacerlo para salvar la vida y regresaron para contarlo.

La resurrección de don Julián

Lo supieran o no, tenían todos un precedente histórico que desde la Edad Media ponía nombre al espíritu de la traición por antonomasia: el conde don Julián, el hombre que en el año 711 abrió la puerta de la Península Ibérica a las huestes musulmanas, entregando su patria al enemigo político, de raza y de fe.

Por supuesto que la construcción del perfil de don Julián refleja los avatares políticos e ideológicos de España en los siglos posteriores. Difícil —por no decir imposible— sería hablar de patria en el sentido moderno para referirnos a los restos del mundo hispanovisigodo que fueron

barridos en un abrir y cerrar de ojos por los invasores árabes y sus acompañantes bereberes.

Pero la idea de un noble que franquea el paso del Estrecho a un ejército enemigo para que combata a su rey fascinó a los cronistas medievales, a los teóricos de la limpieza de sangre y a los ideólogos de la patria, ahora ya real, en el siglo XIX. Todos ellos le consideraron el paria por excelencia de la Historia de España. Y, precisamente por eso, fue redescubierto por los intelectuales disidentes y/o exiliados en el XX, que le utilizaron como arma arrojada para distanciarse de la hispanidad oficial impuesta por la dictadura franquista, de la que querían borrarse.

Don Julián existió. Es todo lo que puede decirse de él sin temor a errar. Lo demás son suposiciones. Nunca se sabrá, con la escasísima documentación existente, si era un noble godo, bizantino o bereber. En su *Historia de España*, Luis G. de Valdeavellano escribe que los historiadores musulmanes le llamaban Ulyan, pero que su nombre cristiano probablemente sería Julián, aunque también Urbano, Ulbán o Bulian. Facilitó el paso de las huestes del árabe Tariq desde Ceuta, fortificación de la que era señor, a Gibraltar, aunque no sabemos si con ayuda logística o militar, mediante planos o prácticos, o simplemente retirándose y cerrando los ojos. Y lo hizo, y aquí empieza la leyenda, por venganza, pues Rodrigo, el último rey godo de España, habría violado a su bella hija Florinda. Si Julián ya había sido privado del honor, le quedaba al menos el consuelo de que el culpable de la afrenta perdiera el reino y la vida.

Nada de esto es, sin embargo, información contemporánea a los hechos. El pérfido don Julián no asoma a las páginas de los libros cristianos hasta la redacción de la *Primera Crónica General de España*, obra de Alfonso X el Sabio de Castilla en el siglo XIII, más de 500 años después, pero lo hace ya en términos que no dejan espacio para la comprensión o la duda: «Maldita sea la saña del traidor Julián ca mucho fue perseverada; maldita sea la su ira, ca mucho fue dura et mala, ca sandio fue el con su ravia et corajoso con su incha, antuviado con su locura, olvidado de la lealdad, desacordado de la ley, despreciador de Dios, cruel en sí mismo, matador de su señor, enemigo de su casa, destroidor de su tierra, culpado et alevoso et traidor contra todos los suyos; amargo es el su nombre en la boca de quil nombra; duelo et pesar faze la sua remenbrança en el coraçon daquel quel enmienta; e el su nombre siempre será maldito de quantos dél fablaren».

Antipadre de la patria, don Julián será culpable nada menos que de la pérdida de España, una fábula paralela a la pérdida del paraíso terrenal por nuestros primeros padres. Serpiente del solar hispano, trasunto del diablo, fue precisamente por eso escogido por algunos disidentes como el antihéroe que necesitaban agitar para desmarcarse sin posible marcha atrás de la España que denostaba a don Julián, la que se presentaba como heredera de las esencias patrias.

Don Julián tuvo un curioso *revival* durante el franquismo, porque al alabar su pase artero a las filas del enemigo se golpeaba a los valores dominantes donde más podía doler: en la construcción de una identidad nacional católica,

racial y excluyente, que venía a representar el régimen del general Franco y su cohorte de vencedores en la Guerra Civil. Los mismos que habían condenado al exilio a las otras Españas, las de la pluralidad cultural, la tolerancia, el escepticismo religioso y la diversidad ideológica. Fue el escritor Juan Goytisolo quien llegó más lejos en esta dirección con una de sus primeras y más célebres novelas, llamada precisamente *Reivindicación del Conde don Julián*. Un título provocativo, que reclamaba la medalla de la traición y escupía a la autoridad competente su desdén por unos valores que se pretendían eternos, pero eran solo los de una parte, impuesta al todo por las armas.

Tan lejos fue Goytisolo en su provocación que no dudó en mostrar su deseo de que las «robustas sierpes de los árabes» se irguieran para sodomizar los mitos «cristianoviejos». Desde París, Nueva York, Marrakech, Goytisolo se construía una identidad, y no solo literaria, basada en la reivindicación del transfuguismo, el travestismo y la traición. Algo ingenuo ahora, cuarenta años después de que apareciera la primera edición de su *Don Julián* (1970), pero que revela hasta qué punto el drama de la guerra, la dictadura y el exilio marcó la vida y el pensamiento españoles durante el siglo XX.

Dejemos a Goytisolo, que empezó su obra con la línea: «tierra ingrata, entre todas espuria y mezquina, jamás volveré a ti», como el gran traidor español de nuestros días, que deja como legado intelectual la necesidad de invertir todos los valores que se nos inculcan para liberarnos del prejuicio, y aproximémonos a los protagonistas de las páginas de este libro.

La cara oculta de la conquista

Si cerramos los ojos y pensamos en la imagen del conquistador español, casi todos veremos un hombre arrogante, a caballo, protegido con armadura y enarbolando una espada. Intuimos también en segundo plano cadáveres de indios, olor a pólvora, charcos de sangre.

Colonizados y colonizadores han dado vida a un mito reduccionista, que ignora que la conquista fue posible en muchos casos no solo por la superioridad tecnológica de los europeos sino también por la traición de unas naciones indias a otras. ¿No fue acaso la Malinche, la amante e intérprete de Hernán Cortés, una versión mexicana de don Julián? Y en segundo lugar, una imagen que esconde la de los muchos fracasos y estratagemas que los conquistadores hubieron de gestionar como perdedores para salvar la vida. De todos estos, quien vivió la peripecia más improbable fue Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que zarpó de España en 1527 y naufragó en Florida, donde en lugar de conquistador se convirtió en conquistado, esclavo de los indios seminolas y después curandero ambulante durante ocho años, en los que hubo de disimular, cambiar su piel por la de otro, ocultar su identidad y sus intenciones hasta que, tras un largo recorrido por el actual sur de los Estados Unidos, tomó de nuevo contacto con los españoles que habían ocupado México.

La historia de Cabeza de Vaca es extraordinaria porque vivió para contarla. Muchos otros españoles murieron en

circunstancias semejantes o prefirieron mantener en silencio los episodios menos brillantes de sus biografías.

En el otro extremo están quienes, llevados por el éxito inicial, dejaron desbocarse su codicia y se desembarazaron de sus superiores traicionando a su propio rey. Su prototipo es Lope de Aguirre, un enloquecido conquistador que durante años permaneció en segunda fila hasta que, seducido por el sueño de Eldorado, rompió públicamente su compromiso con la corona, convirtiéndose en el severo líder de una expedición por el interior de la actual Venezuela para la que ya no cabía la marcha atrás. Sabedor de que de fracasar solo le esperaba la muerte, Lope de Aguirre guió a su partida con un régimen de terror similar al que mantenía la disciplina en los barcos piratas, castigando las faltas más nimias con sádicos tormentos.

Si para Lope de Aguirre la frontera americana fue el escenario de un teatro en el que representar el papel del rey y dictar la propia ley, para Catalina de Erauso fue el espacio ideal en el que vivir con la identidad sexual deseada y no la genética. Huida de un convento vasco a los 15 años, la joven se echó a los caminos de la España del siglo XVII que la condujeron a Sevilla, cabeza de puente para las colonias. En el recorrido había cambiado también de piel y logró enrolarse como soldado para combatir por su rey. Durante décadas, Catalina llevó la vida de un militar pendenciero, a veces enamorado de alguna dama, y con frecuentes encuentros con la justicia, hasta que ella misma decidió descubrir su identidad no sin antes dar muerte en

un duelo a su propio hermano, sin saber de quién se trataba. Ni el mejor folletinista del siglo XIX habría podido imaginar una trama tan alambicada donde la realidad supera a la ficción, incluso cuando parece que ha llegado al final del camino y debe rendir cuentas al rey y al mismísimo Papa de Roma.

Para Cabeza de Vaca, Lope de Aguirre y Catalina de Erauso, la porosa periferia del mundo conocido fue el entorno ideal para ser otro, por fuerza o vocación. Pero no todos los burladores de su destino necesitaron viajar para descubrir aquello de lo que eran capaces o redefinirse a la vista de todos.

Mientras Catalina vivía su masculinidad de adopción a mandobles en las colonias, un modesto actor se convertía en rey, o reina, de la escena en los corrales de comedias de Madrid. Conocido como Juan Rana, se trataba de un cómico que se especializó en hacer papeles de mujer o harto ambiguos. Tanta era su fama que el propio Calderón de la Barca escribía entremeses para él. Y cuando la Justicia le detuvo, acusado de mantener relaciones carnales con un paje, la protección real hizo que le soltaran de inmediato, pues Juan Rana hacía reír hasta a Felipe IV y a su augusta familia.

Así que el cómico se salió con la suya, pues todo Madrid acudía partir de ese momento a verle sabiendo, ya sin dudas, que la representación era la coartada para mostrar la realidad.

Mar de sangre

El actor tuvo suerte y gozó de inmunidad en tiempos duros. Para otros disidentes, la realidad fue más opaca. La asfixiante limpieza de sangre en la España del Siglo de Oro condenaba a los seguidores residuales de la fe de Abraham a vivir como criptojudíos, siempre bajo sospecha, en un mar de hostilidad donde para lograr un cargo o un empleo se valoraba más ser cristiano que un título de Salamanca. Centenares de españoles vivieron durante generaciones una doble vida, apenas secretamente compartida con parientes lejanos que vivían en Londres o Ámsterdam y con los que era muy peligroso comunicarse. Su caso tiene un peculiar paralelismo. Si ellos eran judíos que renegaban en público de su fe para conservar la vida, muchos cristianos en la misma época renegaban de la suya para ser libres en Berbería o en Turquía, donde habían llegado como cautivos, o tras escapar de los presidios españoles de Ceuta y Melilla. La frontera Mediterránea era una línea clara que exigía adhesiones a ambos lados y, en contrapartida, incubaba la traición.

La rivalidad entre España y su vecino musulmán del sur siguió viva después de la Reconquista. Fue acérrima contra el turco y el pirata berberisco en la Edad Moderna y el Magreb se convirtió en objeto de deseo colonial para España desde los albores de la Edad Contemporánea. En este juego secular de desencuentro lingüístico, cultural y religioso, en el que las heridas de guerra seguían sangrando

en ambas partes, destacó un curioso personaje español, Domingo Badía, que se ofreció a Manuel Godoy, valido de Carlos IV, para cruzar África bajo el disfraz de un rico peregrino musulmán. En 1803, partió de Londres bajo la guisa de Alí Bey y espió en Marruecos hasta que su juego fue descubierto. Después, prosiguió disfrazado de musulmán hasta La Meca, donde si bien no fue el primer cristiano en entrar, sí lo fue en hacer una descripción exacta de la ciudad santa del Islam.

Su estratagema, fingirse amigo y correligionario del otro para espiarle y traicionarle, fue seguida después por el viajero suizo Burckhardt, para entrar en la ciudad prohibida de Petra (en la actual Jordania), y por el célebre viajero inglés Richard F. Burton, para alcanzar también La Meca.

Más de medio siglo después, José María de Murga, el Moro Vizcaíno, adoptó también el atuendo, la lengua y las costumbres de los marroquíes y vivió como un buhonero ambulante de zoco en zoco durante tres años. A diferencia de Badía, Murga no aspiraba a conquistar imperios ni a engañar a sus anfitriones. Le movía el afán de aventuras, la curiosidad, el deseo de vivir desde dentro la vida del otro, de ser el otro. Y al igual que todos los anteriores, salvo Lope de Aguirre —para el que hemos de remitirnos al relato del sacerdote que le acompañaba—, dejó testimonio escrito de esa experiencia. Esos textos son la fuente de las páginas que siguen.

En 1946, al año siguiente de terminar la Segunda Guerra Mundial que tanto forzó a tomar partido a una generación de europeos, y singularmente a los franceses

Capítulo 1

Cabeza de Vaca

Conquistador conquistado

que hubieron de decidir si colaborar con el ocupante nazi de su país o con la resistencia a la ocupación, el filósofo Jean-Paul Sartre publicó un breve opúsculo titulado *El existencialismo es un humanismo*. En un puñado de páginas, con un tono divulgativo y un estilo sencillo, dirigido obviamente a un gran público, Sartre, llamado a convertirse en uno de los referentes políticos y morales de la izquierda europea en el siglo XX, presentaba las líneas maestras de una corriente filosófica que empezaba a arraigar. Y lo hacía insistiendo en que el eje de su propuesta era la indeclinable responsabilidad del ser humano en todos sus actos y en todas sus elecciones. La tesis de este opúsculo, hoy casi olvidado, era que en todas las circunstancias históricas, por muy dispares que sean, la condición del ser humano es similar: uno siempre puede escoger entre la aceptación de los valores impuestos o seguir los que le dicten su corazón y su razón. Sartre escribió: «Lo que el existencialismo tiene interés en demostrar es el enlace del carácter absoluto del compromiso libre, por el cual cada hombre se realiza al ejercer un tipo de humanidad, compromiso siempre comprensible para cualquier época y por cualquier persona...».

En otras palabras, a pesar de la opinión pública, de la presión moral, de la coacción legal y de las amenazas físicas que existen en cada momento de la Historia, cada ser humano puede, al menos, tratar de escoger su propio destino. Las insólitas biografías que integran este volumen se postulan como una buena prueba de ello.

Las primeras décadas de la conquista de América fueron de extraordinaria movilidad. Los españoles no sabían aún hasta dónde alcanzaban las tierras que les cerraban el paso hacia el Oeste, ni podían imaginar cuántos pueblos las habitaban, qué grado de organización social tenían y cuántas riquezas escondía su geografía. Tampoco los pueblos americanos intuían la catástrofe que se avecinaba sobre sus estilos de vida y su organización política, social y religiosa. Hasta que se completó la navegación del continente, se subyugaron sus estructuras políticas y se crearon las nuevas divisiones administrativas dependientes de la corona de Castilla, la decisión de embarcarse hacia las Indias era un salto al vacío que lo mismo podía acabar con la conquista de un imperio, o con el más atroz de los destinos.

Una cosa sí tenían claro los alevines de conquistadores que se alistaban por centenares en Sevilla rumbo a la gloria o la muerte: que las reglas no estaban escritas,

particularmente desde que Hernán Cortés, tras quemar sus naves en 1519, en un gesto de rebelión frente a la cadena de mando militar y administrativa que conducía hasta el propio Emperador, demostró que el éxito borraba las mayores faltas y que la desobediencia nunca se castiga si conduce al éxito.

Esto último lo sabía particularmente bien Pánfilo de Narváez, a quien se le encargó en Cuba que fuera a Veracruz a disciplinar al altivo Cortés y hubo de regresar a Santiago, derrotado y burlado. Al final, Cortés tendría un imperio para entregar al rey de España; Narváez, nada. Ello le decidió a intentar hallar riquezas en otras costas, al norte de la isla de Cuba, en lo que aún no se sabía hasta dónde alcanzaba: la Florida. En 1527 logró que le nombraran adelantado de una expedición a la Florida que partió de Sanlúcar de Barrameda el 15 de junio de ese año. A bordo de los cinco navíos que componían la flota, iba en calidad de tesorero y alguacil mayor el joven Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nieto del Cabeza de Vaca que había participado dos generaciones antes en la conquista de las islas Canarias e hijo de una jerezana de la Frontera, probablemente nacido en Sevilla, si no en Jerez, y probablemente en 1490, si no en 1507. Ninguno de los dos datos es seguro, ni el de nacimiento ni el de la edad. Parece, sin embargo, más probable que hubiera nacido a finales del siglo XV, porque de lo contrario sería extremadamente joven para partir a América con un cargo tan importante, dada su inexperiencia. Pero puede también que su rai-gambre de conquistadores compensara su bisoñez a ojos

de las autoridades. En cualquier caso, merecía un papel destacado, porque fue uno de los únicos cuatro supervivientes de aquella multitud ambulante que regresaría vivo y el único que se tomó la molestia de sentarse frente a un montón de hojas de papel para contarlos, aunque fuera con el ánimo interesado de que sus penas le sirvieran como méritos para lograr otro puesto importante, de nuevo en la frontera americana.

El texto de Cabeza de Vaca, redactado entre 1537 y 1540, ya en España, y conservado con el nombre de *Naufragios*, condensa una década en poco más de un centenar de páginas. Comprime los tiempos, abrevia en unas pocas líneas batallas, tempestades y grandes desastres, mientras los años pasan a la velocidad de las hojas de papel entre los dedos, en un estilo que a veces tiene destellos brillantes, pero otras se atraganta con construcciones ásperas. Probablemente ello hace que los maravillosos hechos que se relatan en él sean mucho menos conocidos que los de otros conquistadores con un destino menos apasionante. Sin embargo, Cabeza de Vaca es protagonista de una de las peripecias más fascinantes de la historia de la conquista porque descendió todos los peldaños que mediaban entre el de jefe de conquistadores y el de esclavo de indios desnudos.

El suyo fue, además, un viaje por el interior de la mente no menos sorprendente e intenso que el exterior por la geografía del sur de los actuales Estados Unidos.